

LAS LÁGRIMAS

Mariano Tenconi Blanco*

PRÓLOGO DEL AUTOR

La estética es política. El realismo es la estética del capitalismo. Basta con ver la publicidad, la televisión o el teatro comercial. Mucho más aún: el capitalismo se adjudica el monopolio de la verdad. Bajo el capitalismo y sus ficciones, las formas de trabajo, de amistad, de amor, se rigen por las leyes de mercado. Todo es consumo. Contra ese modelo de mundo lucharon, y dieron la vida, muchos hombres y mujeres en la Argentina durante los años 70. Por ellos, justamente, es que queremos contar de nuevo esta historia a través de una estética que esté de acuerdo con el pensamiento político por el que ellos dieron la vida. Por supuesto, todo esto suena muy afirmativo y en verdad no son más que preguntas que nos hacemos, hipótesis de trabajo. “La profanación de lo improfanable es la tarea política de la generación que viene”, dice el filósofo Giorgio Agamben. Refundar la estética del relato setentista es el primer gesto profanatorio de *Las Lágrimas*. El segundo es que nuestra obra no es sobre el pasado, sino sobre el futuro.

PRIMER ACTO

Escena 1

Estudio de televisión vacío. Quizás ni siquiera notamos aún que es un estudio de televisión, es un espacio vacío y ya. La única luz que hay emana de la velita encendida en una torta. Quien sostiene esa torta con estoico afecto es Victoria Acevedo. Pasará varios segundos, minutos quizás, sosteniendo la torta. Parece que va a abandonar, pero no. Así varias veces. Finalmente el amor vence y aparece la homenajeadada, o eso creemos, ya que Victoria Acevedo comienza a entonar el remanido Happy Birthday. Quien ingresa es Libertad. Su hermosa hubiera justificado sostener la torta por siglos.

Victoria.— Que los cumplas feliz, que los cumplas feliz, que los cumplas... Ro mi

* Dramaturgo y director de teatro. Correo electrónico: mtenconiblanco@gmail.com.

Gramma, XXVIII, 58 (2017), pp. 159-210.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

na... que los cumplas feliz.

Libertad.— Voy a pedir mis tres deseos, Victoria.

Victoria.— Pedí por nosotras dos.

Libertad.— Dejame, dejame concentrarme que me confundo mis deseos, si no.

Ya está.

Victoria.— Soplá.

Libertad.— No, no. Me faltan dos, todavía.

Sí.

Uhm. Sí.

Libertad sopla.

Victoria.— Muy bien.

Libertad.— Ay, graaaacias, Victoria. Sos un amor.

Victoria.— Dame un beso, mi vida.

Libertad le besa la mejilla.

No, un beso bien.

Libertad.— Sh. No. Estamos en el canal.

Victoria.— Pero no va a venir nadie todavía.

Libertad.— ¿Cómo no va a venir nadie?

Victoria.— No. A vos te cité antes para darte una sorpresa.

Libertad.— ¿Me estás diciendo en serio? Porque te estás riendo pienso que capaz que es una broma.

Victoria.— No. Es en serio. Me parecía divertido. Romántico. Te parece mal.

Libertad.— No, Victoria, no.

Victoria.— ¿Me das un beso, Romina?

Libertad.— No me digas Romina en el canal. Y apoyá la torta de una vez, querés.

Victoria.— ¿Qué pasa? ¿No te gustó la sorpresa?

Libertad.— Ya te dije que sí me gustó la sorpresa, Victoria, ya te dije, gracias.

Victoria.— Bueno.

Libertad.— ¿Qué?

Victoria.— Nada.

Nada.

Desactivás cualquier gesto que una tiene. Es imposible producir nada con vos.

Libertad.— Me atacás ahora. Buenísimo, arrancó buenísimo mi día de cumpleaños. Qué copado.

Victoria.— ¿Qué te pasa que estás así?

Libertad.— ¿Cómo estoy, a ver?

Victoria.— No sé.

Libertad.— ¿Cómo no sabés? No se habla sin saber, Victoria, si uno no sabe cómo está el otro, no le dice vos tal cosa, vos tal otra, viste.

Victoria.— Bueno, Libertad.

Libertad.— Ahí estás, ves, burlándome.

Victoria.— No te estoy burlando, no seas insegura.

Libertad.— ¿Insegura me decís? No. No es insegura. Es que vos te creés que sos mucho más inteligente que yo. Eso es.

Victoria.— ¿Y qué más sabés de mí, a ver?

Libertad.— Otra vez burlándome. Seguí así.

Victoria.— No me estoy burlando de vos, Libertad.

Libertad.— Es una estrategia de desgaste. Para dominarme.

Victoria.— No entiendo que decís.

Libertad.— Me odiás.

Victoria.— No te odio.

Libertad.— Sí, escuchate, apretás la “o” de odio, eso es odio.

Victoria.— ¿Qué decís, Romina?

Libertad.— Si me odiás para qué hacés esta taradez de la torta.

Victoria.— Romi.

Libertad.— Forra.

Victoria.— ¿Cómo?

Libertad.— Sos una forra, Victoria. Me hacés mal.

Victoria.— Soy tu novia.

Libertad.— Chupame el culo.

Victoria.— Pará con las guarangadas.

Libertad.— Chupame el culo.

Victoria.— No te chupo nada, tarada.

Libertad.— Las ganas de chuparme que tenés.

Victoria.— Callate.

Libertad.— Te morís por mí, bobita.

Victoria.— Cerrá el orto, taradita. Libertad Lux se hace llamar la estrellita de la tele; te llamás Romina Pafundi.

Libertad.— ¿Qué te metés con mis nombres? Hija de papá. Machona.

Victoria.— Frígida.

Libertad.— Me decís frígida vos debés coger re mal.

Victoria.— ¡Virga!

Libertad.— Te fuiste al re carajo, boluda. Listo. Me voy a la mierda.
Encima ahora hay que esperar cuatro mil horas a que venga alguien para grabar.

Libertad se pone a llorar.

Victoria.— Pará de llorar.

Libertad.— No puedo parar de llorar.

Victoria.— Hablemos.

Libertad.— No. Yo no voy a hablar. Yo voy a llorar. Las lágrimas son mejores que las palabras.

Aparece un joven.

Victoria.— ¿Sí?

Marcelo.— Busco a Edith.

Victoria.— ¿Para qué?

Marcelo.— ¿Vo' so'j una actriz? ¿La Libertá' Lux?

Libertad.— Ahí tenés.

Victoria.— ¿Ahí tengo qué?

Marcelo.— Marcelo me llamo.

Libertad (*riendo desmesuradamente, queriendo ser protagonista*).— Sos re gracioso, Marcelo.

Victoria.— Ay, me tenés harta.

Libertad.— ¿Qué te enojas, nena? ¿Quién te habló a vos? Tema uno tema dos, ay mirá, tema tres no hay.

Marcelo.— Me espera la señora Edith.

Libertad.— ¿Te espera Edith?

Marcelo.— ¿Ustedes la conocen?

Libertad.— ¿Si la conocemos?

Victoria.— Dejá de preguntar lo mismo que él dijo. A Edith la conocemos muy bien.

Libertad.— Sí. Muy bien.

Victoria.— Como a una madre.

Libertad.— Edith es un fantasma.

Marcelo.— ¿Cómo que e'j un fantasma?

Victoria.— Vos no sos de Buenos Aires, ¿no?

Libertad.— Ay, sabés boluda que yo lo pensaba desde hoy, ¿de dónde es, de dónde es? Pero después pensaba que como mi mente está toda mal capaz que soy yo que estoy imaginando que habla raro y habla re normal.

Marcelo.— No la’j entiendo bien.

Victoria.— ¿Para que la querés a Edith?

Libertad.— Eso. ¿Para qué?

Entrada triunfal de Edith, una señora en silla de ruedas.

Edith.— ¿Qué es esta convención de pelotudos acá?

Victoria.— Buen día, Edith.

Edith.— ¿Y este espantapájaros?

Marcelo.— Señora, yo hablé con usted, ¿no se acuerda? Para trabajar acá.

Edith.— ¿Qué cosa?

Marcelo.— Si no se acuerda de mí.

Victoria.— Si no se acuerda de vos, mejor te acompaño a la puerta.

Edith.— ¿De dónde me puedo acordar de vos, querido? Ayúdame a recordar.

Marcelo.— Yo vine a verla varias vece’, para trabajar acá. Vine un día que llovía, y usted estaba en un bar y nos sentamo’ junto’j’a tomar/

Libertad.— Hola, Edith, ¿cómo te va?

Edith.— Hola, mi amor. ¡Qué hermosa estás hoy!

No sé qué es lo que te dije que ibas a hacer, querido, pero empezá nomás.

Vamos, vamos a grabar.

Libertad.— ¿Esta qué escena es?

Victoria.— Esta es la escena en la que vos sos capturada como cautiva.

Libertad.— Ay, a esta escena la amo mal.

Edith.— ¡Acción!

Libertad haciendo de cautiva, amordazada y maniatada. Aun así es bella y dan ganas de ser valiente y rescatarla. Oímos sus pensamientos. No; oímos los pensamientos de su personaje.

Libertad.— El sol cortaba la tarde como mayonesa mal batida. Yo me paseaba toda con mis cabellos dorados. Soy bella, lo sé, y saberme bella me da mucha confianza. Hice silencio. Silencio mental. Dejé simplemente de pensar. Raras manías las mías, de señorita, de señorita crecida, cuando me relajo toda en mi mismo cuerpo suavemente, sin saber por qué, me gusta como esconder mi mano dentro de mis enaguas, más dentro, descubrir mis órganos interiores. Y entonces yo tan concentrada que ni noticias del batifondo, y en cuanto abro los ojos veo un carnaval carioca de bestias equinas y humanos en carnes. De un tirón un indio me arrancó la mano que estaba en mis intestinos y me llevó como camino al cielo. Mientras volaba olí su torso, negro como barro,

duro, lubricado, con olor a pasto y mate y carne y bosta. Mientras me elevaba algo de mí, de mis adentros profundos, algo líquido se expresaba. Como un aceite o una leche de cabra. Sentía que mi corazón se enderretía por entre mis patas. “Te measte, china”, me dijo mi indio. Yo, Remedios del Valle, me quedé muda toda. Solo me agarré de su pecho de lija. Un poco este negro me gustaba. Nahuel Huequé soy yo, me dijo. Y como soy soñadora me imaginé siendo señora de Huequé. Ojalá lleguemos a la toldería y me viole toda el Nahuel Huequé este, pensé. Ya estoy en edad. Pero no. Aquí estoy sola y atada y casta. Se está haciendo desear el indio histérico. Yo sé que le gusto toda. Soy su cautiva favorita.

Edith.— ¡Corte!

Muy bien, querida.

Libertad.— La verdad, Edith, es que yo no entiendo esto que estoy haciendo, pero como que me identifica, ¿sabés?

Edith.— A mí también me identifica.

Libertad.— Soy huérfana yo, Edith. ¿Sabía eso usted? Un pasado triste, llevo.

Edith.— ¿Sos huérfana?

Libertad.— Sí. No, en verdad no. No del todo. O en verdad sería que sí. Tengo unos padres, pero sé que no son mis padres y no sé quiénes son mis padres, no sé cuál sería la palabra para eso.

Edith.— Para eso hacemos ficción. Para cambiar nuestra realidad.

Marcelo.— ¿Para eso?

Edith.— ¿Usted qué se mete?

Libertad.— Sí, callate vos, nuevo, que no sabes nada. Viva la ficción.

Hoy es mi cumpleaños, ¿sabían?

Marcelo.— Feliz cumpleaños.

Edith.— Cállese.

Libertad.— Así que esta noche voy a hacer una fiesta.

Marcelo.— ¿Esta noche?

Libertad.— En mi casa. No. En mi casa no. En la casa de Victoria.

Victoria.— Ah. Bueno. Bárbaro.

Marcelo.— Qué divertido.

Libertad.— ¿Vienen?

Marcelo.— Sí, claro.

Libertad.— ¿Edith?

Edith.— Yo ya no hago esas asquerosidades, querida. ¿Andar con gente, festejando cosas?

Libertad.— Como usted quiera. Tampoco quiero que sienta que la estoy así, digamos, pinchando.

Victoria.— Edith, necesito reunirme ahora con vos. Acevedo quiere vernos.

Libertad.— Ay, si viene Acevedo seguro son problemas y a mí ya como que no me da más el cuerpo ya.

Edith.— Yo ya te expliqué que no me gusta ese tipo de gente, y vos me dijiste que no tenías problemas con eso. Perdón que sea tu padre.

Victoria.— No importa que sea mi padre. El tema es que es el director del canal, la telenovela es un éxito, ¿cómo le explico que la directora no lo quiere conocer?

Edith.— Decile que estoy muy ocupada, que soy una discapacitada, no lo sé.

Victoria.— Pero, Edith, no podés hacerme esto.

Edith.— Victoria, yo te prometo que cuando terminemos de grabar la novela yo te voy a explicar todo y vos vas a entender bien.

Ambas se retiran.

Libertad comienza a colocarse el nuevo vestuario.

Marcelo se le acerca.

Libertad.— Qué te pasa que me mirás así, estás re crazy vos, Marcelo, me parece. Me estoy cambiando, yo.

Marcelo.— Claro, no. Te tené que poner el disfraz nuevo, te dejo tranquila.

Libertad.— No se le dice disfraz, se le dice vestuario.

Marcelo.— ¿Por qué?

Libertad.— Porque no nos disfrazamos, o sea, disfrazarse se disfraza, no sé, Superman.

Marcelo.— ¿Y qué diferencia hay con Superman? Él tiene doble identidad. Una de héroe, otra de persona normal. Y él en verdad ni siquiera es esa persona, Clark Kent, porque él es de otro planeta, o sea que su verdadera identidad no es ni Superman ni Clark Kent, sino que/

Libertad.— ¿Superman me decís? Soy una chica yo. Ay, sos un loco bárbaro, Marcelo, vos.

Marcelo.— No me gusta Marchelo.

Libertad.— No me gusta tututú. Entraste, así, me viste desnuda...

Marcelo.— Es que a mí no me da vergüenza una mujer desnuda, porque también soy obstetra.

Libertad.— ¡¡Obstetra?!

Marcelo.— Sí.

Libertad.— No sé qué es eso.

Marcelo.— Obstetra.

Libertad.— Obstetra.

Marcelo.— Partera.

Libertad.— ¿Y por qué se te dio por ser obstetra?

Marcelo.— Porque el único recuerdo que tengo de mi madre es la historia en la cual ella está de viaje por el interior, embarazada, y de urgencia tiene que dar a lu'j en un pequeño pueblo sin condicione' sanitaria'. Entonce' lo que pasa e'j que el parto se complica y ella muere. Pero su hijo Marcelo, o sea yo, nace sano. Supongo que esa historia me marcó. Y por eso ahora soy obstetra.

Libertad.— Sí. Te re marcó esta historia, Marcelo. Sos obstetra por tu mamá. Es obvio eso. ¿No hacés terapia, vos?

Marcelo.— Eh, yo, no, no.

Libertad.— Y, a ver, si yo estoy embarazada, ¿cómo hacemos?

Marcelo.— No entiendo.

Libertad.— Hagamos. Hagamos un parto. Ahora mismo. Dale.

Marcelo.— No.

Libertad.— Dale.

Marcelo.— No, Libertad, no. De ninguna manera.

Libertad.— Dale. Haceme feliz. Es mi cumpleaños.

Libertad se coloca como en pose de parto. Se coloca un objeto entre sus piernas; un pañuelito, por ejemplo.

Puje, puje. Decime. Dale.

Marcelo.— No se empieza por ahí.

Libertad.— No podemos esperar nueve meses.

Marcelo.— No. Se comienza por la respiración.

Libertad.— Fuuuuuuh.

Marcelo.— Respiración rítmica.

Libertad.— Fuh, fuh.

Marcelo.— Así va mejorando. Que la exhalación dure igual que la inhalación.

Libertad.— Fuh, fuh.

Marcelo.— Bajamos los hombros. Tranquila.

Libertad.— Fuh, fuh.

Marcelo.— Durante el parto queremos mantener esta respiración rítmica, mami, ¿sí?

Libertad.— ¿Mami?

Marcelo.— Se le'j dice así, a las mamá'.

Libertad.— Sí. Fuh. Fuh.

Marcelo.— Eso. Así, mami.

Pensamo'j en la palabra Re-lax.

Re, inspiramo'.

Láx, exhalamo’.

Libertad.— Re, fuh. Lax, fuh.

Marcelo.— Ahora empezamo’j a pujar. Cuatro o cinco vece’ por contracción. Vamos, mami. Pujamo’.

(*La toma de la mano*).

Pujamo’.

Libertad.— Fuh

Marcelo.— Pujamo’.

Libertad.— Fuh.

Marcelo.— Pujamo’.

Libertad.— Fuh.

Marcelo.— Pujamo’.

Libertad.— Fuh.

Marcelo.— Vamos, mami. (*Se agacha hasta la entrepierna de Libertad*).

Libertad.— El pañuelito es el bebé.

Marcelo.— Vamos.

(*Marcelo empieza a sacar el pañuelo*).

Libertad.— Fuh.

Marcelo.— Vamos, mami.

Libertad.— Ahí está. Muah. Muah. Llorá. Jugá conmigo.

Marcelo.— Felicitaciones, mami.

Es un hermoso...

Libertad.— Niña.

Marcelo.— Es una hermosa niña.

¿Cómo se va a llamar?

Libertad.— Romina.

Marcelo.— Romina, qué lindo.

Libertad.— No, no es lindo nombre. Pero al menos esta Romina no es adoptada.

Libertad abandona el juego. Marcelo queda visiblemente conmocionado.

Marcelo.— Libertad, digo Romina. Yo tengo que hablar con vos. Tengo cosas importantes, para decirte. De tu vida. Y de mi vida.

Libertad.— ¿Nos conocemos de otra vida, Marcelo, nosotros?

Marcelo.— No. De esta vida.

Libertad.— Ay, sos un poco lindo, Marcelo.

Marcelo.— Eh, no, sí, gracia’, vos también.

Libertad.— Mirá, Marcelo, no sé de dónde saliste, pero me encantó nuestro parto.

*Le da un cálido beso en la mejilla.
Marcelo cierra los ojos, soñador. Canta.*

Madre, ¿dónde estás?
¿Por qué me diste a luz
en esta oscuridad?

Electroshock en tu corazón.
Explotemos los dos.
Quiero morir con vos.

Madre, ¿dónde estás?
¿Por qué me diste a luz
en esta oscuridad?

Tu cuerpo es un avión.
Estallemos los dos.
Quiero morir con vos.

Madre, ¿dónde estás?
¿Por qué me diste a luz
en esta oscuridad?
Hubiera preferido no nacer,
antes que vivir sin vos.

Aparece Victoria, que trae una bandeja con café.

Marcelo.— Perdón, Victoria.

Libertad.— Marcelo es una de esas personas que son personas muy graciosas.

Victoria.— Muy bien. Leopoldo está estacionando la camioneta. Se quiere reunir de urgencia con nosotras. Quiere que le contemos las ideas para el final. Vos te tenés que quedar, Marcelo, porque Edith no lo quiere conocer.

Libertad.— Me voy a cambiar de ropa para la reunión con Leopoldo. (*Saliendo*).

Marcelo.— Quedé yo, parece.

Victoria.— Parece.

Aparece un elegante hombre de unos 50 años. No sé si elegante es la palabra; usa ropa costosa y algo ostentosa.

Acevedo.— Buenas.

Victoria.— Hola, papá.

Él es Marcelo, el nuevo asistente de dirección.

Acevedo.— ¿Cómo estás, Marcelo?

Marcelo.— Buen día, señor.

Acevedo.— Qué educados los traen ahora.

Victoria.— Y sí.

Acevedo.— Podés tutearme, campeón.

Marcelo.— Dale.

Acevedo.— Dale, me dice. Le das la mano te toma el codo. Un fenómeno, Marcelito. Bueno, esperamos a la directora para empezar la reunión, ¿no?

Victoria.— Edith se tuvo que ir de apuro, papá. Queda Marcelo en su representación.

Acevedo.— ¿Cómo que se tuvo que ir? Nunca la puedo conocer a esa mujer. Es un absoluto fantasma.

Victoria.— ¿Querés café?

Acevedo.— No, no. Vamos a lo nuestro, mejor. ¿Vamos a lo nuestro? Contestame vos.

Marcelo.— Vamo'j a lo nuestro.

Acevedo.— No sos de acá. ¿Es de acá él?

Victoria.— No. Es santafesino.

Acevedo.— San-ta-fesino. Qué lindo Santa Fe.

Marcelo.— Soy de un pueblito.

Acevedo.— ¿Qué pueblito, che?

Marcelo.— Los Laureles se llama.

Acevedo.— Como el himno. (*Canta*). Sean eternos los laureles, que supimos conseguir... ¿En qué estábamos?

Marcelo.— ¿De qué?

Acevedo.— Me cae bien este, Victoria. Es muy gracioso. ¿Por qué no lo trajeron antes?

Victoria.— Bueno, papá, ¿hablamos?

Acevedo.— Hija, hay que recortar gastos.

Victoria.— ¿Recortar? Pero nos está yendo bárbaro.

Acevedo.— A los auspiciantes no les cierra. Y nosotros estamos gastando mucho. Por eso hay que terminar Las Lágrimas pronto.

Marcelo.— ¿Y por qué no le gusta a lo'j auspiciante'?

Acevedo.— Apa, miralo. Tiene preguntas para hacer. A los auspiciantes no les gusta esta ficción porque no es como es la vida de la gente. Si yo pongo una tira con un

pelotudo enamorado de una boluda, los dos vestidos como en la calle, hablando como en la calle, la ficción y la vida real de los pelotudos que la ven es la misma, entonces la ficción desaparece. Y ahí, ahí, cuando la ficción desaparece, ahí aparece el consumo, y los auspiciantes. Nosotros acá le vendemos a la gente que el mundo siga siendo como es. Nosotros vendemos la idea del capitalismo. Nosotros somos el capitalismo, hija, a ver si lo entendés. Esto que estoy diciendo es muy inteligente, pibe.

Victoria.— No me parece.

Acevedo.— Es así, hijita. Manda el dinero. Manda el vil metal. ¿O no, campeón?

Marcelo.— ¿O no?

Acevedo.— Qué gracioso es. (*Entra Libertad, esplendida*). ¡Libertad! Estás radiante.

Libertad.— Gracias, Leopoldo.

Acevedo.— La estrella de la televisión argentina.

Libertad.— Ay, tenés cada cosa, mirá. Leopoldo, hoy es mi cumpleaños.

Acevedo.— No sabía nada. Feliz cumpleaños.

Victoria.— Yo, si no me necesitan más, me voy a hacer cosas importantes, que tengo que, hacer.

Acevedo.— Vaya nomás.

Victoria sale. Marcelo se vuelca el café en la ropa.

Marcelo.— No, la concha de mi madre.

Libertad.— ¡Con esa boquita decís “papá”!

Acevedo.— ¿Qué?

Marcelo.— Me tiré el café encima.

Acevedo.— Qué cagadón, macho.

Libertad.— Sal ponete. ¿Era sal?

Acevedo.— ¿Sal no es para el vino? No, yo de esto ni idea.

Libertad.— O sacátele y lavallo. Ahora. Andá ahora, Marcelo, haceme caso. Si no, no sale. ¡Dale!

Marcelo sale con apuro.

Acevedo.— ¿De dónde lo sacaron a este?

Libertad.— Ay, pero es un tierno.

Acevedo.— Es simpático, sí.

Libertad, escuchame: yo quería saber cómo estabas. Cómo estabas vos. Es muy importante para mí que estés bien. ¿Puedo sentarme?

Libertad.— Estás sentado.

Acevedo.— Sí, claro. (*Acerca su silla a la de Libertad*).

Libertad.— Me estás re confundiendo, Leopoldo, y está re mal porque es mi cumpleaños.

Acevedo.— ¿Y qué tiene que ver?

Libertad.— No, no sé, en el día de mi cumpleaños todo tiene que ver con mi cumpleaños. Porque es solo un día.

Acevedo.— Claro.

Libertad.— ¿Cuándo cumplís años vos?

Acevedo.— No sé.

Libertad.— Ay, mentiroso, todos saben cuándo cumplieron años porque es el mismo día de cuando nacieron. ¿Cómo no vas a saber?

Acevedo.— ¿Qué cosa?

Libertad.— Ay, tu cumpleaños.

Acevedo.— Hoy.

Libertad.— ¿Hoy? ¿Hoy es tu cumpleaños?

Acevedo.— No. Hoy es TU cumpleaños.

Libertad.— Sí, hoy es mi cumpleaños.

Acevedo.— Yo hace mucho tiempo, desde que vos nacías más o menos, que dirijo este canal.

O sea, yo vengo de un mundo totalmente distinto al de la televisión, pero toda tu existencia, toda, yo estuve dirigiendo este canal.

Libertad.— Claro. Mucho tiempo.

Acevedo.— Libertad, yo me siento un hombre nuevo. Siento que soy otro hombre. Ya no soy el hombre que era. Me enamoré de vos, Libertad.

Libertad.— Oh, me dejás helada.

Acevedo la toma del brazo y la intenta besar. Ella lo frena justo. Para colmo de males, acto seguido aparece Marcelo en calzoncillos, con su pantalón antes manchado, ahora empapado, en la mano.

Marcelo.— Yo no sé si salió esto, yo le'j hice caso y fregué como loco.

Acevedo.— Bueno, yo los abandono. Vos, flaco, a ver si aparece el fantasma ese, tu jefa. Nos vemos pronto, Libertad.

Acevedo se pone sus gafas de sol y se retira.

Marcelo.— ¿Todo bien?

Libertad.— ¿Yo? Sí. Claro.

Entra Victoria, con un paquete.

Victoria.— Andá a buscarla a Edith. Está en un bar a la vuelta.

Marcelo.— Sí. Ya mismo. (*Marcelo se pone el pantalón y sale corriendo*).

Libertad.— ¿Ese es mi regalo?

Victoria.— ¿Se fue mi papá?

Libertad.— ¿Vos lo ves? ¿Es el hombre invisible acaso?

Victoria.— Esto es para mi papá. Él también cumple años hoy.

Libertad.— Te hacés la irónica.

Victoria.— No me hago la nada, Romina. Vos no seas cínica.

Libertad.— ¿Cínica? ¿Usás otra palabra como corrigiendo la mía?

Victoria.— Explicame por qué invitaste gente a casa esta noche.

Libertad.— Es mi casa también. Me gustaría que vengan todos mis amigos a bailar conmigo.

Victoria.— ¿Todos tus amigos? El pibe este que conociste hoy y Edith con silla de ruedas.

Libertad.— Vos qué sabés, nena, yo tengo muchos amigos más.

Victoria.— ¿Tè das cuenta de que peleamos todo el tiempo?

Libertad.— Sí, Victoria. Mi vida se cae a pedazos como un helado que se derrite porque yo no sé quién soy y vos me presionás y todos me presionan y yo no entiendo nada.

Victoria.— Vos tenés que decidir qué querés. Yo te estoy ofreciendo mi vida.

Libertad.— Ay, ay, me hacés dar bronca, no me puedo decidir, nena.

Victoria.— Bueno, pero vas a tener/

Marcelo (*empujando de la silla de ruedas de Edith*).— Estaba tomando. Está media media.

Edith.— No seas botón. Y estaba tomando porque soy alcohólica, claro, pero estoy bien. Vamos a grabar esta mierda.

Victoria.— Mirá, Edith, Leopoldo Acevedo dijo que tenemos que terminar la telenovela. No hay dinero.

Edith.— El mundo en el que vivimos se convirtió en un museo. Es necesario arrancarles a los dispositivos la posibilidad de uso que ellos han capturado. La profanación de lo improfanable es la tarea política de la generación que viene.

Marcelo.— Uhhh. ¿Quiere un café, señora?

Edith.— Callate, pajarón. ¡Preparen a la estrella! ¡¡Vamos a grabar!!

Libertad se arregla ante un espejo.

Libertad (*al espejo*).— Romina. Libertad. Victoria. Violeta.

Edith.— Estudiá la letra vos, nena, en vez de jugar.

Libertad.— ¿En dónde estamos en esta parte?

Victoria.— Acá te enterás que en verdad fuiste robada, de niña. Que tu familia no es tu familia. Y aparece tu madre.

Marcelo.— ¡Qué hermosa telenovela!

Edith.— Hacemos arte político nosotras. Vamos, cotorras. ¡Acción! (*Y Edith sale*).

Libertad.— Vil realidad, vil pesadilla. Abofetearme debo. Acaso así despierte. Quizás todo esto es falso. (*Se autocachetea*). No. No lo es.

Oh, siento pasos. Pasos de varón. ¿Será mi indio? Oh, enloquecí. Llamarlo “mi indio”. Su sola preocupación por mí fue prevenirme del orine. Cómo idealiza una. Si me quiere metérmela, me voy a hacer la que no que no. Que se mee él ahora. Negro boludo. Oh, pasos, pasos. Sí. Sos vos. Hola, indio. Acá estoy, sí. Cautivita y sola. A ver. Ahí. Oh. Oh. Ayuda. Ayudaaa.

Marcelo (*en off*).— Dejá de gritar. Va a entrar la Cacique Lebián.

Libertad.— ¿Una cacica?

Entra Edith, en la silla de ruedas, vestida de india y con arco y flecha.

Libertad.— ¡Edith! ¿Actúa usted?

Edith.— Sí, nena. Este personaje lo hago yo.

¡Vamos!

Remedios, usté debe sabé ciertas informacione vinculada] al pasao duté, entienda sé a sus o rí ge ne, no sé si lo ha podío comprendé cla ra mente. Hay algo que nosotros iamamo identidad, ¿usted podría darle a esta vieja una definición de identidad?

Libertad niega con la cabeza.

Identidá es la conciencia que una persona tiene de ser eia misma y distinta a las demás.

Libertad.— Señora Cacique, yo no la estaría comprendiendo.

Edith.— Su identidad, gurisa, no es la que usted conoce. Entiéndame bien claro, gurisa: usté debe entenderme bien claro. Sus supuesto padre o progenitore son unos impostore, niña, debe saberlo usté. Niña, ha sío robá usté de sus verdadero padre auténtico. Su madre, gurisa, su madre no es su madre.

Libertad.— Oh, esa vieja bruja. Ya lo sabía, ya lo sabía. Yo soy buena.

Edith.— Gurisa, en arte copia y original valen lo mismo porque todo arte es copia, pero en cuanto a las madre la cosa va bien diferente. Remedios: yo soy su verdadera y auténtica madre.

Libertad.— Oh, es increíble. Mi madre es madre india. Y yo, yo soy una india.

Edith.— Tus padre no'jan robao la hija y no'jan robao las tierra y me han robao las pierna'. Soy una madre del dolor. Te amo con tanto ardor que viviré sin rencor. Caminaré, tengo valor.

Dame un beso sanador. (*Libertad la besa a Edith con sincero afecto, en la mejilla*).

Mira hija, qué alentador. (*Edith se para de la silla y camina*).

Es el milagro del amor.

Edith se para de la silla y camina.

¡Corte! (*Se sienta de nuevo. Hace señas a Marcelo*).

Salió perfecta.

Muy bien Libertad. Hacemos una buena pareja usted y yo. Por hoy terminamos.

Edith va saliendo.

Marcelo.— Qué actri'j, eh.

Marcelo y Victoria ordenan utilería y mobiliario.

Libertad se quita su vestuario.

Victoria.— Vamos, velocidad.

Marcelo.— Es mi primer día, Victoria. Estoy en el período de inducción.

Victoria.— ¿Qué inducción, Marchelo?

Marcelo.— Las cosas se hacen de a poco, Victoria. Como los bebés. Su gestación dura entre 38 y 40 semanas.

Victoria.— Esto es un canal de televisión, Marchelo, no una maternidad.

Marcelo.— No sé, eh. No sé.

Victoria.— ¿No sabés qué?

Libertad (*yéndose*).— Yo todavía no sé cómo hicieron el efecto de las piernas de Edith.

Salen los tres.

Show de entreacto de Acevedo.

Canta.

Estoy orgulloso de ser argentino.

Es la gracia del destino.

No te equivoques.

Nosotros no somos latinos.
Nosotros somos más finos.
La Argentina es el mejor invento argentino.

Yo soy argentino. Yo soy argentino.

Ni Asia, ni Europa,
ni los Estados Unidos.
Mejor ser argentino.
Los mejores vinos.
Los picos andinos.
Los mejores ejemplares femeninos.

Yo soy argentino. Yo soy argentino.

Apagón

SEGUNDO ACTO

Escena 2

Elegante departamento donde viven Victoria y Libertad. La decoración tiene objetos de buen gusto y muchas cosas kitsch y camp, puestas con ingenuidad por Libertad y releídas con ironía posmoderna por Victoria. Una buena combinación, diríamos, de no ser porque el aire se corta con un cuchillo, como dicen los que usan esa frase para describir una situación silenciosa e incómoda.

Victoria ordena un poco el living, entra comestibles y bebidas, o nada de eso. Las dos están preciosas, pero Libertad mucho más. El aire se corta con un cuchillo.

Victoria.— ¿Invitaste mucha gente?

Libertad.— Sí, ¿por qué me preguntás?

Victoria.— No, para saber.

Libertad.— ¿Para saber? ¿Qué es lo que querés saber?

Victoria.— Cuánta gente invitaste.

Libertad.— ¿Querés saber cuánta gente invité o cuánta gente va a venir? Porque son dos cosas distintas.

Victoria.— ¿Hablamos de lógica ahora?

Libertad.— Hablamos de que estás siendo cínica. De eso hablamos.

Victoria.— Ahora usás la palabra “cínica”.

Libertad.— Sí.

Victoria.— Qué mal te está pegando este cumpleaños. Saturno.

Libertad.— ¿Saturno? ¿Sos vidente ahora?

Victoria.— Astróloga, sería.

Libertad.— ¿Sos astróloga?

Victoria.— No. Pero lo que dije fue propio de la astrología. Y Saturno es un planeta. No una idea. Un planeta que tarda entre 27 y 30 años en dar la vuelta. Yo creo que los planetas pueden modificar a los seres que viven en esos planetas.

Libertad.— Qué interesante.

Victoria.— Qué irónica.

Libertad.— Será Saturno que me vuelve irónica, de pronto.

Victoria.— Vos creés en Dios, así que no podés hablar.

Libertad.— Creo en Dios porque Dios existe. Por eso creo en Dios.

Victoria.— Rezale a tu Dios para que venga algún invitado, entonces.

Libertad.— Te voy a pegar.

Victoria.— ¿Qué decís?

Libertad.— Que te voy a pegar.

Victoria.— No. No te saqués.

Libertad.— Vos me sacás. Es tu culpa.

Victoria.— Estás muy alterada.

Libertad.— No hables más de mí. Te lo prohíbo.

Victoria.— Romina.

Libertad.— Romina mi orto. Romina mi orto.

Victoria.— Besame. Vení. Dame un beso.

Libertad.— Estás loca.

Victoria.— Sí. Estoy loca. Estoy loca por vos.

Libertad (*riendo*).— Ay, me da risa. Qué cursi.

Victoria.— No sé de qué te reís.

Libertad.— ¿Qué?

Victoria.— No te aguanto.

Suena el timbre.

Libertad.— Chupá, forra. Mis invitados.

Hermosa y sensual se para y mira por la mirilla.

¿Quién es?

Es una mina, boluda. Una mina que no conozco.

¿Le abro?

Victoria.— Abrile, si no tenés otros invitados.

Libertad.— Morite.

Le abre.

Entra Marcelo vestido de mujer.

Marcelo.— Hola. ¿Llegué muy temprano?

Victoria.— ¿Sos Marcelo?

Marcelo.— No. Soy la hermana de Marcelo.

Libertad.— ¿En serio?

Victoria.— No, Romi. No. Es él.

Marcelo.— Sí, sí, soy yo.

Libertad.— ¿Y qué hacés así? Loco. Está loco.

Marcelo.— Es que, tengo una duda. ¿No era una fiesta de disfrace?

Victoria.— No. No era una fiesta de disfraces.

Marcelo.— Bueno, voy a cambiarme y vuelvo.

Libertad.— No, no, quedate así. Es divertido.

Victoria.— Una novedad este costado drag.

Marcelo.— ¿Qué cosa?

Victoria.— Libertad, te quiero dar tu regalo.

Marcelo.— Uh, yo no traje nada, qué flojo.

Libertad.— Qué lindo, qué lindo. A ver. (*Le entrega un paquete grande*). ¡Wow! Contame.

Victoria.— Es una doble-cassettera. Y toda la colección de cassettes que me dijeron que eran de mi mamá. Quiero regalártela a vos.

Libertad.— Gracias. (*Se dan un largo abrazo*).

Estoy contenta. Bailemos. Poné música, Victoria. Pero mejor de tu compu, cassettes otro día.

Victoria pone música electrónica.

Los tres bailan. Victoria, cool. Libertad, sacada. Marcelo, travestido. El momento es alegre.

Marcelo.— ¿Nos besamo' los tre'?

Victoria.— ¿Qué decís, desubicado?

Libertad sigue bailando. Un poco se divierte muy desprejuiciadamente y otro poco busca llamar la atención.

Victoria.— ¿Te gusta la música electrónica?

Marcelo.— No. Ma'j o meno'. Yo soy más rockero (*hace guitarrita, se afirma*).

Victoria.— La música electrónica se opone al macrocapitalismo. No hay artistas que sean estrellas, la estrella es la multitud. La música electrónica es el futuro.

Libertad.— Wow.

Victoria.— ¿Querés vino?

Marcelo.— Sí.

Victoria sirve tres copas. Los tres beben vino.

Marcelo.— No me hace nada a mí el vino.

Libertad.— Capo.

Libertad baila. Marcelo la mira. Se queda cerca de Victoria, como buscando conversación. Entonces Marcelo y Victoria bailan y conversan.

Victoria.— Yo voy a tomar cristal. ¿Vos querés?

Marcelo.— No, no, sí. Mejor sí.

¿Qué es eso?

Victoria.— Cristal es una anfetamina como el éxtasis pero mejor. Esta que tengo yo se llama DOB, por "Day of Birth", día de nacimiento, porque dicen que te genera un efecto tan potente que te hace recordar al día de tu nacimiento.

Marcelo.— Uh.

Libertad.— A mí me encantaría acordarme de cuándo nací, así sabría, digamos, algo.

Victoria.— Sin panicar.

Marcelo.— Bueno.

Victoria y Marcelo se toman una de esas pastillas.

De pronto, Marcelo se sobreexcita. Baila con desmesura, con la desmesura con la que baila Libertad, y bebe también con desmesura, con la desmesura con la que bebe Victoria.

Victoria.— Cuidado con tomar vino porque te podés dar vuelta.

Marcelo.— Bueno. Estoy bien igual. Bárbaro.

Victoria.— Tomá agua mejor.

Marcelo.— Estoy sintiendo como una arritmia. Así como palpitatione'. Seguro luego tenga cierta hipertensión arterial.

Victoria.— No es necesario que me vayas contando lo que te pasa.

Sorpresivamente, suena el timbre.

Victoria.— ¿Serán los vecinos?

Libertad.— No sé, boluda.

Marcelo.— ¿¡Quién es!?

Libertad.— Sh.

Victoria.— Sh.

Marcelo.— Sh.

Edith (*del otro lado de la puerta*).— Soy Edith.

Libertad.— ¡Edith!

Abren la puerta y, efectivamente, entra Edith.

Edith.— Era el cumpleaños, ¿no?

Libertad.— Sí. Mi cumpleaños.

Edith.— Feliz cumpleaños.

Edith mete la mano en su cartera y revuelve con apuro.

Libertad.— No te hubieras molestado, Edith.

Edith.— No, no. Es para mí.

Edith saca una botella de whisky.

Libertad.— Está bien. Estás linda, Edith.

Edith.— ¿Yo?

Libertad.— Vos.

Edith.— Tomá. Te doy mi regalo. (*Se saca su reloj y se lo da*).

Libertad.— ¿Ay, en serio? Re mil gracias, me mató. (*Se lo prueba y mira la hora*).

Victoria.— Hola, Edith.

Edith.— Hola, querida. Explicame qué hace este vestido así.

Marcelo.— Pensé que había que venir disfrazado, señora.

Edith.— A este ya le dieron algo, ¿no?

Marcelo.— ¿Yo?

Victoria.— Vino.

Marcelo.— Sí. Un poco de vino, nomá'. (*Pero en la mano lleva una copa de agua. Está sudado, inquieto, ansioso.*)

Libertad.— Miren cómo miro la hora. Miren. (*Hace "miradas de hora"*).

Marcelo.— Yo me olvidé el regalo. Había comprado algo. Y me lo olvidé.

Edith.— ¿En qué andaban?

Libertad/Victoria/Marcelo.— ¿Nosotras?

Edith.— Que tres taradas. ¿Vamos a bailar?

Victoria.— Vamos a bailar.

Victoria sube la música. Suena la canción de Las Lágrimas, una pegadiza balada pop, en la aguda voz de Libertad.

Las lágrimas. Las lágrimas.

La historia de una pobre niña
que desea conocer su identidad.

No conozco mi pasado.

No recuerdo mi pecado.

Y no tengo derecho para amar.

Las lágrimas. Las lágrimas.

La historia de una pobre niña
que desea conocer su identidad.

Victoria, Libertad y Marcelo bailan. Edith hace unos movimientos con su silla que se aproximan a alguna forma de baile. Esto dura un rato, claro. En ese rato, Marcelo baila desesperado, toma un poco de vino, mucha agua, suda mucho. Victoria oficia de disc jockey, retoca temas, volúmenes, etc. De pronto, Marcelo sale corriendo.

Marcelo (*desde el baño*).— ¡Buaaaah!

Victoria.— ¿Está vomitando? (*Baja la música*).

Marcelo (*desde el baño*).— ¡Bu! ¡Buaaaah!

Victoria.— Uh, sí. Voy.

Victoria sale al rescate.

- Libertad.**— Capaz que Victoria le metió una pastilla. Ella siempre toma pastillas.
- Edith.**— Pastillas, ¿cuáles?
- Libertad.**— Éxtasis creo que es de esas de que toma ella.
- Edith.**— ¿Cocaína ya no se usa más?
- Libertad.**— Sí, se usan todas. Pero ella prefiere de esas, en pastillas.
- Edith.**— Yo en una época andaba con pastillas encima.
- Libertad.**— Ay, ¿vos te dabas, Edith?
- Edith.**— De cianuro.
- Libertad.**— ¿Qué es eso? ¿Veneno?
- Victoria** (*desde el baño*).— No. Adentro, Marcelo. En el inodoro.
- Edith.**— Mmm, sí.
- Libertad.**— ¿Y por qué?
- Marcelo** (*desde el baño*).— ¡Buaaaaah!
- Edith.**— ¿Esa doble cassettera?
- Libertad.**— Me la regaló Victoria.
- Edith.**— Qué hermosa. (*Se emociona*). Yo tenía una igual. ¿Puedo poner un cassette?
- Libertad.**— Sí. Elegí uno y lo ponemos.
- Edith.**— Este.
- Libertad.**— Bueno.
- Marcelo** (*desde el baño*).— ¡Buaaaaah!
- Edith.**— Yo andaba con pastillas de cianuro porque yo tenía piernas, y una vida inolvidable.
- Libertad.**— Wow, quiero saber, Edith.
- Victoria** (*desde el baño*).— La puta que lo parió. Te vomitaste todo.
- Libertad.**— Uy, pobre Marcelo. Y Victoria. Contame, Edith.
- Edith.**— Mi vida.
- Libertad.**— ¿Qué?
- Edith.**— Mi vida voy a contarle. Mi vida entera.
- Libertad.**— “Mi vida entera”, fah.
- Edith.**— Resulta que yo nací en el seno de una familia de inmigrantes rusos que vino a la Argentina.
- Libertad.**— ¿Rusos?
- Edith.**— No interrumpa todo el tiempo, ¿quiere?
- Libertad.**— Sí, sí, sí.
- Edith.**— Mis abuelos eran rusos que, recién llegados, se convirtieron en trabajadores rurales. Y todo se desarrollaba de manera normal, o lo que sería de manera normal teniendo en claro el parámetro de normalidad de la Argentina, hasta el día en que mi madre quedó embarazada. Porque luego de nueve meses de dulce espera, en el parto murió mi padre.

Libertad.— ¿Su madre?

Edith.— No. Lo lógico hubiera sido que en el parto muriera mi madre. Pero ella no murió. Murió mi padre. Tenía una insuficiencia cardíaca no diagnosticada y en el momento del parto, murió. Y desde ese momento mi vida cambió. Y eso que acababa de nacer.

Marcelo (*desde el baño*).— Estoy muy mal, vo'j ayudame, sabé'.

Victoria (*desde el baño*).— Sí, pero vos haceme caso.

Marcelo (*desde el baño*).— Fue eso que me diste.

Libertad.— Me está enredando con la historia, Edith.

Edith.— Escuche con atención. No es causa-consecuencia. Es más raro esto. ¿Entiende de lo que significó para mí? Nacer con un padre muerto. ¿Lo entiende?

Libertad.— Sí.

Edith.— Fui punk. Yo fui punk.

Libertad.— El dolor.

Edith.— Mierda el dolor. Fui punk porque me la bancaba. (*Escupe el piso*). Y me la banco. No se asuste, no se asuste. Me estoy mandando un poco la parte. Es para entretenerla. Una noche, bajo la nieve, bajo la nieve de una Buenos Aires que parecía Moscú, yo vi algo impresionante. Vi un camión de caudales al que se lo llevaba una grúa.

Libertad.— Acá me mató.

Edith.— Es todo metafórico. Cace una, por favor.

Libertad.— Yo para las metáforas, no soy, no. Yo a mí me gusta todo clarito.

Edith.— Literal. Literal. Yo también fui literal, usted ahora me ve tan puesta, tan en mí misma, pero yo también fui otra. Yo fui muchas, Libertad, pero muy pocas veces fui yo.

Libertad.— Yo no estoy así “en mí misma”, yo, ¿sabés que siento, Edith? Capaz te parece una re huevada, pero yo siento re como que soy los personajes del circo, viste, el equilibrista, el payaso, la mujer barbuda, los animalitos, bueh, como que yo soy todos esos juntos, así, juntos, entendés. Re pilucha, ¿no?

Edith.— Yo trabajé en un circo.

Libertad.— ¿En serio, Edith?

Edith.— Sí. Era lanzadora de cuchillos.

Libertad.— Ay, me mue.

Edith.— Sí.

Libertad.— Tenés brazos fuertes, ¿no?, de lanzar cuchillos.

Edith.— De empujar la silla de ruedas tengo brazos fuertes, usted quiere saber de mis piernas, no le importa nada de mí.

Libertad.— Me importa de usted. Y del circo.

Edith.— Si usted supiera las piernas que supo tener esta Edith. En el circo se morían

por mis piernas. Si usted los viera a los osos, a los tigres, todos con el revólver afuera de la cartuchera cuando yo pasaba con falda corta.

Libertad.— Ay, Edith, ¿es necesario?

Edith.— Yo era hermosa, no sabe, un sueño hecho realidad era. Sí, lo digo así, cursi, cuando la belleza es mucha, las palabras no alcanzan, debería saberlo, usted es hermosísima, Libertad.

Libertad.— Ya sé que soy linda. Usted también es una linda señora, Edith.

Edith.— Una noche, con el circo, estábamos en el Sur, en la Patagonia, en Ushuaia, el fin del mundo, o en Siberia, no importa, donde usted quiera, nevaba, o no, no nevaba, ya había nevado. Imagínese esa noche. Yo era joven. Y caminaba. Imagínese. Las piernas. El caminar. El contoneo. Imagine. Pasé por la jaula de un oso viejo. Mami, me dijo. ¿Cómo?, le dije. Mami. Me lo dijo de nuevo. Chupame la concha, le dije. Y lo tomé como un indicio. Me fui del circo.

Libertad.— Pará, Edith. ¿Me estás diciendo que te habló un oso?

Edith.— Me puse soñadora, no había un oso. Entienda algo, por favor le pido.

Libertad.— Sí. Yo me creo todo. Yo re creo Edith, ¿sabés qué?, en Dios.

Porque si no mirá la edad de los papas. Viven mil años. Eso es re Dios. ¿Usted es — como se dice— creyente?

Edith.— Sí, Libertad. Yo soy creyente. De hecho, después de que me fui del circo, me hice monja.

Libertad.— Posta, Edith, qué historia de vida.

Victoria (*desde el baño*).— Sacate la ropa y quedate a un costadito, que yo voy a limpiar el piso y después te ayudo a cambiarte a vos.

Marcelo (*desde el baño*).— Bueno.

Libertad.— ¿Y qué hacías? Digo, siendo monja.

Edith.— Apretaba el rosario así, así, lo apretaba, así, hasta que me sangraran las manos. Para una mujer, la sangre es amor.

Libertad.— Como cuando te viene.

Edith.— Yo no tenía la regla cuando estaba en el convento. Sería la gracia de Dios.

Libertad.— ¿Cómo?

Edith.— Preste atención, quiere.

Libertad.— An sorry, an sorry.

Edith.— Qué inocentita, mi amor, tan crédula.

Libertad.— Sí, yo te creo todo. Soy actriz.

Victoria (*desde el baño*).— Vení que te limpio y ponete esto.

Marcelo (*desde el baño*).— Sos buena conmigo, Victoria.

Edith.— Yo también soy actriz. Y bailarina. ¿Qué me mira? Las piernas me mira.

Libertad.— Basta Edith, no te miré las piernas.

Edith.— La bombacha me mira.

Libertad.— ¡Ay, Edith!

Edith.— ¿Quiere verme? ¿Quiere ver si me indispose?

Libertad.— Vos dijiste que no te indisponías cuando estabas con Dios.

Edith.— ¿Y qué? ¿Usted es Dios?

Libertad.— Ay, Edith, cada cosa tenés. ¿Cómo voy a ser Dios, yo?

Edith.— Usted quiere saber cuándo perdí las piernas. Es lo único que le importa.

Libertad.— No, ¿por qué piensa que yo quiero saber eso?

Edith.— Porque la conozco, le veo la mirada. Todas hablan de eso, de mis piernas.

Libertad.— Yo no hablo nunca de sus piernas.

Edith.— Ya vienen las piernas.

Libertad.— ¿Quién es usted, Edith?

Edith.— Yo soy la Argentina. Sí. No me mires con cara de no entender nada, nena. Argentina es un invento mal hecho. Como esta historia que te cuento yo. Un montón de bromas pelotudas y en el fondo una historia triste. Argentina es un país que se hace pasar por Argentina. Béseme.

Libertad.— ¿A dónde vamos con todo este jueguito, Edith?

Edith.— Me la quiero levantar.

Libertad.— ¡¿Wot?!

Edith.— Usted me subyuga con esa mirada de proletaria que tiene, tan tierna y tan sensual.

Libertad.— Gracias por la parte que me toca.

Edith.— Ay, qué tarada que sos, pero te lo tengo que decir, Libertad. Estoy enamorada de vos.

Libertad.— Oh, no, ¿vos también estás enamorada de mí?

Edith.— Sí. Sí, mi vida. Sí. Venite a vivir conmigo.

Libertad.— Pero señora Edith.

Edith.— Venite, mosca, dale.

Libertad.— Bueno, la vamos cortando.

Edith.— No nos tenemos que casar. Es algo físico que tenemos. Físico.

Libertad.— ¿No puede parar, Edith?

Edith.— Dale, nena, tengamos un romance apasionado. Transemos.

Libertad.— ¿Qué dice?

Edith.— Tocame las tetas.

Libertad.— Pare de una vez porque me afecta mucho todo esto.

Edith.— Qué tonta qué sos, pero qué limpita, qué limpita.

Libertad.— Basta, señora.

Edith.— Qué ganas de ensuciarte, de escupirte: Volcame de la silla y faltame el respeto.

Venite a mi casa. No ves que estoy ardiendo.

Libertad.— Nunca. Nunca. Nunca.

Edith.— Entonces te voy a ir a buscar a tu casa y te voy a llevar de las mechas.

Libertad.— ¿Sabe qué? Nunca más le vuelvo a dirigir una sola palabra.

Edith.— Te vas a arrepentir de todo esto, mosquita muerta. Y vas a venir llorando a pedirme por favor.

Libertad.— ¡Ay, la odio! (*Libertad le empuja la silla hacia afuera*).

Basta Edith, sos una turra.

Libertad hace que Edith cruce la puerta.

Edith.— Cómo me gustan las taradas, qué drama.

Libertad cierra la puerta.

Regresa Victoria con evidentes gestos de fastidio y con los productos de la limpieza realizada.

Victoria.— ¿Qué fue ese portazo? ¿Y Edith?

Libertad.— También tomó de más y se fue medio como que de apuros. Dejó saludos.

Aparece Marcelo, vestido con ropa que presumimos de Victoria. Su look pasó del travestismo al androginismo.

Marcelo.— Ya estoy bien.

Libertad.— Te tomaste, Marcelo, todo.

Marcelo.— Sí, pero el vino no me hace nada a mí. Fue ese cristal que me dio ella.

Bueno, me voy.

Victoria.— Yo me voy a pegar una ducha y me voy a dormir. Vos después abríle, Romi.

Chau, Marcelo.

Victoria sale, indiferente.

Libertad.— Qué desastre este cumpleaños.

Marcelo.— No fue un desastre.

Libertad.— ¿Por qué?

Marcelo.— Yo en un momento me sentí muy feliz.

Libertad.— ¿Sí?

Marcelo.— Sí. Estar acá, tomando, con vos, y bueno, con Victoria. Y yo vestido de mujer. Me hizo felí'.

- Libertad.**— ¿Estar vestido de mujer te hizo feliz?
Marcelo.— Todo.
Libertad.— ¿Pero eso?
Marcelo.— Sí. Eso también.
Libertad.— ¿Sos trolo, Marcelo?
Marcelo.— No, no. Yo no.
Libertad.— ¿Seguro?
Marcelo.— No. Pero me siento como una mujer. Como que tuviera una mujer adentro.
Libertad.— ¿Una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre?
Marcelo.— Eso mismo.
Libertad.— ¿Pero te gustan los chicos?
Marcelo.— ¿Nos besamos?
Libertad.— ¿Qué decís?
Marcelo.— Dale. ¿Nos besamos?
Libertad.— Ay, no. Cualquiera.
Marcelo.— ¿Te da risa? ¿La idea de besarme te da risa?
Libertad.— Mirá si voy a besar a alguien, yo, Marcelo.
Marcelo.— Pero es que yo me enamoré de vos.
Libertad.— Si me conociste hoy.
Marcelo.— A primera vista me enamoré.
Libertad.— Todo el mundo se enamoró de mí, de pronto. Cualquiera.
Marcelo.— Un beso. Solo un beso.
Libertad.— Andá a tu casa mejor.
Marcelo.— Bueno. Chau.
Libertad.— No te ofendas, tampoco.
Marcelo.— No, no.

Marcelo se va.

Libertad se desploma en un sillón. Aparece Victoria, recién salida de la ducha, en toalla y con el cabello mojado. Libertad le seca el cabello a Victoria con genuino afecto.

- Victoria.**— ¿Vamos a hablar nosotras?
Libertad.— Oh, no, me enerva eso de hablar hablar, ¿hablar qué? La gente vive hablando y después nadie entiende nada.

Victoria la intenta besar.

Libertad la frena.

Libertad.— Esperá, Victoria.

Victoria.— Dijiste que no hablemos.

Libertad.— No me siento bien.

Victoria.— ¿Cómo que no te sentís bien?

Libertad.— Vos me pedís que hagamos el amor y yo no puedo hacer el amor y vos te enojás y nos ponemos mal las dos. Y yo no sé por qué, pero no me pasa. No me sale. No sé.

Victoria.— Yo no puedo seguir así, Libertad.

Libertad.— Yo tampoco. Me siento como si estuviese ahogada. Dejame, Victoria. Por favor. Abandoname. Olvidame. Te hago sufrir. Y yo no me puedo decidir nada. No sé quién soy, no sé nada de nada, es muy difícil esto.

Victoria.— Sí. Yo debería dejarte. No es justo que yo te dé lo mejor de mí si vos no me das lo mejor de vos.

Libertad.— Dejame. Es lo mejor.

Victoria.— Me gustaría poder borrarte como cuando formateás el disco rígido de la compu. Borrarte. Que desaparezcas para siempre de mi vida. Pero no puedo. No puedo. Acá, en el corazón, tengo como una compresión. Se me pone duro el corazón. Un amor de mierda que no logramos remixar. No es nuestra culpa. Somos la generación del amor precedero. Yo no. Yo te amo como en el siglo XIX. Ojalá pudiera hacerte desaparecer de mi vida así, como los ninjas.

Libertad.— Yo también te amo. Te re mil juro que te amo. Pero no puedo. De verdad, esto es como, o sea, uf, un montón. No puedo más. O sea, en serio, entendés.

Mañana a la mañana hago el bolso y me voy.

Mañana me voy, Victoria.

Libertad se va llorando a la habitación.

Victoria se queda llorando en el suelo, así, en toalla y con el pelo mojado como salió de la ducha.

Es todo muy triste, sí; el amor es así.

Apagón.

Escena 3

Departamento. Mañana.

Libertad va y viene armando un bolso.

Victoria.— No voy a ver cómo me abandonás, Romina. Me voy.

Victoria se va dando un portazo.

Libertad se queda atónita unos segundos. Mira la puerta. Piensa en Victoria. Después piensa en algo que no tiene nada que ver. Después piensa en por qué, estando en una situación tan triste, ella piensa en algo que no tiene nada que ver. Ante la falta de respuestas, se decide a seguir armando el bolso.

Suena el timbre.

Libertad.— ¿Qué te olvidaste?

Marcelo (*del otro lado de la puerta*).— ¿Libertad?

Libertad (*apoyada sobre la puerta*).— ¿Quién es?

Marcelo (*del otro lado de la puerta*).— Yo. Marcelo.

Libertad le abre la puerta.

Marcelo.— ¿Te quedaste a dormir acá?

Libertad.— ¿Yo? Sí. Vos, loco, ¿qué hacés acá?

Marcelo.— Vine a preguntarle a Victoria dónde encontrarte, porque necesito hablar con vo’.

Libertad.— ¿Qué pasa, Marcelo?

Marcelo.— ¿Puede ser un vaso de agua? Vine corriendo.

Libertad.— No. No me la estires. ¿Qué pasa?

Marcelo.— Yo... necesitaba hablar con vo’.

Libertad.— Ya me lo dijiste eso.

Marcelo.— Yo te busqué.

Libertad se pone en guardia al estilo karate.

Libertad.— Soy cinturón marrón. A uno del negro.

Marcelo.— Escuchame dos minuto’.

Libertad.— A ver.

Marcelo.— Libertad: Yo sé quién es tu madre.

Libertad (*desarmando la pose de karate*).— Hablá ya mismo. ¿Qué sabés de mi vida vos?

Marcelo.— Tu madre era una empleada doméstica que vivía y trabajaba en Buenos Aires, en una casa de una familia que tenía un buen pasar. Pero ella fue asesinada cuan-

do vos tenía' poco tiempo de nacida. Y vo' fuiste dada en adopción. Mi mamá era la hermana de esa mujer, de tu mamá. Nosotros somos primo', Libertad.

Libertad.— ¿Primos, vos y yo? Nada que ver. ¿Por qué la mataron? ¿A mi mamá?

Marcelo.— Tenían un grupo que hacía tareas de espionaje. Las Mucamas Revolucionarias.

Libertad.— ¿Qué más sabés?

Marcelo.— Algunos nombre'.

Libertad.— ¿Yo cómo me llamo?

Marcelo.— No, no sé.

Libertad.— ¿Libertad?

Marcelo.— Capaz que sí. Capaz que no. Mi madre también fue asesinada. Perdón que te lo cuente todo así, viste, pero de alguna forma tenía que hacerlo.

Libertad lo abraza. Llora.

Se sueltan.

Marcelo.— Libertad. Además de todo creo que estoy enamorado de vo'.

Marcelo la intenta besar. Ella, dulcemente, lo frena.

Libertad.— Esperá.

Marcelo.— ¿Qué?

Libertad.— No estoy para andar besándome con nadie. Si no sé quién soy, como que no puedo, digamos, así, amar, amar.

De pronto, golpean la puerta.

Edith (*del otro lado de la puerta*).— Victoria. Soy Edith.

Libertad.— ¡La puta madre!

Marcelo.— ¿Qué pasa?

Libertad.— ¿De parte de quién?

Edith (*del otro lado de la puerta*).— ¿Victoria?

Libertad (*susurrando*).— ¡No! ¿Qué quiere esta mina acá en mi casa?

Marcelo.— ¿Vos vivías acá con Victoria?

Libertad (*susurrando*).— Sh. Sí.

Suena el timbre de nuevo.

Marcelo (*susurrando*).— ¿Son amigas?

Libertad (*susurrando*).— Más o menos.

Marcelo (*susurrando*).— ¡¿Cómo “más o menos”?!

Libertad (*susurrando*).— Callate, querés.

Marcelo (*susurrando*).— ¿Son amiga’j y por eso viven junta’?

Libertad (*susurrando*).— Ella era mi novia.

Marcelo.— ¡¿Qué?!

Libertad.— Shhhh.

Marcelo.— ¡¿Cómo que Victoria Acevedo era tu novia?! Por Dios, me muero.

Suena el timbre de nuevo.

Libertad (*susurrando*).— Callate, querés. Exagerado.

Marcelo (*susurrando*).— No entendí’.

Libertad (*susurrando*).— ¿Te molesta la gente gay? Porque vos tampoco que digamos/

Marcelo (*susurrando*).— No, ¿qué deci’? No e’j eso.

Suena el timbre.

Edith (*del otro lado de la puerta*).— ¿Victoria? ¿Estás ahí?

Libertad (*susurrando*).— ¿Qué hago?

Marcelo (*susurrando*).— ¿Edith no sabe nada de tu relación con Victoria?

Libertad (*susurrando*).— Obvio que no. ¿Qué hago, Marcelo?

Marcelo.— Y abríle. A esta altura.

Libertad abre la puerta. Aparece Edith en su silla de ruedas.

Edith.— ¿Qué hace usted acá?

Libertad.— ¿Qué hace “usted” acá?

Edith.— ¿Qué hace mi asistente acá?

Marcelo.— Yo no tengo nada que ver. Arréglense ustedede’.

Libertad.— Bueno, dígame para qué busca a Victoria.

Edith.— ¿Usted vive con Victoria?

Libertad.— Es mi exnovia.

Marcelo.— ¡Díos mío! / **Edith**.— ¡Qué sorpresa!

Libertad.— ¿Vos por qué te asombrás si ya sabías?

Marcelo.— Es que- / **Edith.**— Sucede que-

Libertad.— Tranquilos.

Marcelo.— Está bien. Hable. Hable usted.

Edith.— ¿Usted tiene algo que decir?

Marcelo.— No, no. Hable usted.

Edith.— Bueno... Sucede que...

Libertad.— Hable, Edith. Vamos. ¿Por qué la busca a Victoria?

Edith.— Porque yo soy la madre de Victoria.

Marcelo.— No lo puedo creer.

Edith.— Yo no entiendo por qué él se asombra tanto si nos conoce hace muy poco.

Marcelo.— Bueno, es que (*Libertad lo interrumpe*).

Libertad.— Pero es que está muerta la madre de Victoria.

Edith.— Eso es lo que le dijo su padre. Pero esa no es la verdadera historia. Yo voy a contarles...

Suena el timbre.

Libertad.— Ay, otra vez ese timbre y la puta madre. ¿Quién es ahora?

Victoria (*desde detrás de la puerta*).— Soy yo, Libertad. Menos mal que estás todavía porque me olvidé las llaves.

Libertad toma las llaves de Victoria que están sobre la mesa.

Libertad.— ¡Ahí te abro!

(*A Edith y Marcelo*). ¿Quién va a hablar primero con Victoria ahora? ¿Edith o vos?

Edith.— ¿Usted? Yo la verdad no entiendo qué es lo que usted tiene para decir.

Libertad.— Él sabe cosas de mi familia.

Edith.— No entiendo.

Marcelo.— Dejemos que hable Edith. Y después' hablo yo.

Victoria (*desde detrás de la puerta*).— ¡Dale, nena!

Libertad.— ¡Ya va, histérica!

Libertad le abre la puerta. Victoria entra.

Victoria.— Ah, bueno. ¿Está todo el canal en mi departamento?

Libertad.— ¿Podés callarte la boca?

Marcelo (*a Victoria*).— Victoria: Edith tiene que hablar con vos.

Victoria (*a Libertad*).— Mirá qué personalidad.

Decime, Edith.

Edith la mira sin poder comenzar a hablar.

Libertad.— Edith, hable de una vez.

Victoria.— Edith, hablame. ¿Es algo de la novela? (*A Libertad*). Parece un fantasma Edith.

(*A Edith*). ¿Quiere un vaso de agua?

Marcelo.— Un whisky, ponele.

Edith.— No. Gracias.

Libertad.— No quiere un whisky.

Victoria.— ¿Vas a decirme lo que tenés que decirme, Edith? No entiendo nada.

Edith.— Victoria... Quiero decirte que tu madre no está muerta.

Victoria.— ¿Cómo no? ¿Qué decís?

Edith.— Que tu madre no ha muerto.

Victoria.— ¿Y vos cómo sabés cosas de mi familia? ¿Vos qué sabés de mi madre?

Edith.— Tu madre no se murió, Victoria.

Victoria.— Sí se murió.

Edith.— No, no se murió.

Victoria.— Sí, Edith, estás loca, sí, mi madre se murió.

Edith.— No. No se murió.

Libertad.— No se murió.

Marcelo.— No, no murió.

Victoria.— ¿Qué les pasa? ¿Son todos tarados?

Libertad.— No. Yo no.

Marcelo.— Yo tampoco.

Edith.— Yo soy tu madre.

Victoria queda congelada, muda.

Libertad.— Se lo dijo.

Marcelo.— Sh.

Edith.— ¿Puedo contarte mi historia?

Libertad.— Contale.

Edith.— Esta es la historia. Porque cuando tu historia personal es una tragedia nacio-

nal, ya no es tu historia personal, sino la historia de un país.

Mi vida fue una de las peores cosas que sucedió en la historia de este mundo. Yo creo que existe un Dios, en algún lado, y creo también que él sabe cuánto se equivocó conmigo. En algún momento Dios me va a devolver, no sé qué, pero Dios me va a devolver. Para empezar, mi padre, que se murió el día en que yo nací, y mi madre, que se volvió loca; yo fui una niña monstruo. Vivía en la oscuridad, era muda, estaba llena de odio, odiaba mi cuerpo, las otras nenas, los días de sol, la esperanza. Odiaba todo, salvo a mi madre. A ella siempre le tuve pena. Sí. Una pena indecible. Y yo no creo que sea mala la pena como dicen, no. Es profundo amor. Tener pena por alguien es porque uno lo quiere mucho. Amar a un monstruo. Eso me hizo un monstruo. Amar monstruos. Conocí a un militar que odiaba tanto al mundo como yo. Él era muy lindo, cínico, egoísta, autoritario. Yo no tenía nada y entonces preferí ver qué se sentía creer que una tiene algo. ¿Tener? La propiedad. Toda forma de amor vinculada al capitalismo termina por volverse contractual. Me casé. El matrimonio. Qué extraño. Algo sin sentido. Como casi todo. Como esposa vivía encerrada leyendo todo, todo lo que encontraba: Nietzsche, novelas románticas, Marx, Proust, Lautrémont, libros de cocina; pasaba leyendo por las mañanas, preparando la cena por las tardes y abriéndome de piernas por las noches para que me fornique mi marido el militar. Un día él me dice: “tomemos una muchacha para que te ayude con la limpieza”. A mí me gustó la idea. Era como alquilarme un juguete, o una amiga. Nunca había tenido ninguna de las dos cosas. Tampoco infancia.

Bueno, cuestión que un día llamó una chica que iba a venir. Yo ordené la casa, me vestí, preparé todo, qué raro, ¿no?, ella iba a venir a limpiar y yo la esperé con todo limpio. Llega ese día, ¿no?, y llega la chica. Cuando le abro la puerta, yo no podía creer, juro por Dios en quien creo, ya lo dije, no podía creer. En toda mi vida, que muchas cosas hermosas no pasaron, pero en toda mi vida había visto yo algo más hermoso que la chica que ahí se me presentaba. Ema se llamaba. Era hermosa, suave, dulce, linda como son las mujeres lindas por un lado, pero por otro no, por otro era comuncita, y eso me gustaba más todavía. Yo sabía que nadie sabía que esa era la mujer más hermosa de todo este mundo. Además, la ropa, mi amor, una ropa colorida, un mal gusto. Esta mujer tenía dos cosas muy raras que suelen no juntarse. La primera, acorde a su condición social, es que era muy bruta. Ingenua, divertida, simpática, pero bruta. La segunda, sin cancelar la primera, es que se sabía Marx de pé a pá. Lo repetía como loro. Aunque tenía, y esto también era inherente a su condición social, creo, una valentía y una voluntad de fierro. Bueno. Pasó el tiempo, ¿no?, nos hicimos amigas, y esta mujer, Ema, me convenció de que había que hacer política. Poner el cuerpo.

“Todo lo que se hace por amor se hace más allá del bien y del mal”. El resumen de mi vida. Yo estaba profunda y perdidamente enamorada de esta mujer. No podía vivir sin

ella, y hubiera hecho cualquier cosa que ella me pidiera. Y hoy, tantos años después, también lo haría. Esta mujer lideraba un grupo de mujeres que buscaban ser empleadas domésticas en casas de tipos poderosos para hacer tareas de espionaje. Las mucamas revolucionarias se hacían llamar.

Libertad.— Yo quiero ser una mucama revolucionaria.

Edith.— Ella me contó esto y me convenció de ayudarla para hacer espionaje de las actividades de mi marido. Empezamos revolviendo papeles, pero después ya era ir a lugares, poner micrófonos, dar direcciones de colegas. Éramos un James Bond de lesbianas. Hacíamos cualquier cosa por “la causa”; incluso nos dejábamos fornicar por mi marido. Este militar, este atleta de la maldad pero también del sexo, nos embarazó a las dos. Ella hacía todo porque la política era su causa. Yo lo hacía porque ella era mi causa. Yo pensaba, ¿no?, mi vida ahora tiene sentido. Será una locura, defendiendo una causa política que considero imposible, defendiendo un amor que considero imposible, pero ahí estaba yo, feliz de tener —al menos— una hipótesis de sentido. Pero todo volvió a la normalidad, o a lo que era la normalidad en mi vida: el más puro horror. Porque mi marido nos descubrió, a las dos. Nos descubrió teniendo sexo, a las dos, embarazadas.

Libertad.— ¡Impresionante!

Marcelo.— Libertad.

Edith.— Mellizas en distinto vientre teníamos.

Libertad.— ¿Cómo?

Victoria.— Libertad.

Edith.— Era hermoso. Las dos madre-y-padre de las dos niñas. Pero mi marido nos encerró a ambas. Sí. Se enteró lo de nuestro espionaje y nos encerró a las dos en los lugares donde él y sus amigos encerraban a la gente como nosotras. Entonces fuimos convictas, las dos, embarazadas. Unidas como hermanas, unidas por nuestros vientres, pero también nosotras separadas. Las dos encerradas, encarceladas, como dos heroínas preñadas, como dos guerreras con niña adentro, fuimos separadas.

Libertad.— Oh, qué triste.

Edith.— Mi amada Ema y yo dimos a luz, la misma noche, a nuestras mellizas. Fue hermoso. Parir fue como hacer el amor. Solo que, luego de eso, como mi marido no sabía que el hijo de Ema era suyo, ella fue brutalmente asesinada. A mí me iban a dejar viva hasta que diera a luz al bebé que se iba a quedar con él, con el padre, y luego me matarían. Mi marido puso a un soldado joven y obediente a cuidarme durante esos nueve meses. Nada malo podía pasarme a mí. Después de ese tiempo, naciste vos y fuiste arrancada de mis brazos. Hasta ahora nunca más te vi. Como mi hija, nunca más te vi. Yo fui amputada dos veces: por mi hija y por mi otra hija, ya que para nosotras ambas hijas eran de ambas madres. Entonces, esa doble amputación, me amputó las piernas. Una madre sin hijas es una madre sin piernas.

Victoria.— ¿Y cómo sobreviviste?

Edith.— Resulta que el tipo, el soldado, de tanto cuidarme, quedó enamorado. Enamorado si creemos que eso puede ser llamado amor. Entonces, en vez de matarme, me llevó y me encerró en su casa. Me dejaba atada durante el día y cuando volvía a la noche me daba electricidad y me violaba. Yo como que ya no lo sentía. Hacía que gritaba cuando gritaba. Era mi propia doble de riesgo. Luego, me volvía a atar y dormíamos juntos. Así pasé años. Un día dejó de venir. Se cansó de mí. Hasta los monstruos se cansan de mí. O lo mataron, o lo metieron preso. No lo sé. Yo tenía terror de salir a la calle. Después de semanas encerrada, sin comer, junté coraje, salí a la calle y me fui del país. Esa es la historia. Muerta, yo voy a seguir viva en esta historia. Soy como las estrellas, que ya están muertas pero brillan siempre con la misma luz. Todo es pasado. Pero yo tengo una hija. Ahora todo es nuevo, y cobra sentido. Yo soy una madre argentina. Quiero un futuro.

Todos lloran.

Se abrazan Victoria y Edith. Libertad y Marcelo se suman a abrazarlas.

Marcelo.— Perdón, Edith, pero quiero decirle'j una cosa.

Edith.— Sí.

Marcelo.— ¿Puedo?

Edith.— Sí. Podés.

Marcelo.— La mujer, la empleada doméstica, es la madre de Libertad.

Edith.— ¡¿Vos sos la hija de Ema?!;Dios mío!

Victoria.— ¡Somos hermanas! No lo puedo creer.

Libertad.— Ay, boluda, me muero de un infarto.

Marcelo.— Tranquila, respirá. Respirá. Para que el corazón funcione correctamente, la sangre debe circular a través de las arterias coronarias.

Libertad.— Es que él es, ¿cómo era que se decía partera?

Marcelo.— Obstetra.

Edith.— ¿Cómo sabés de Ema, vos?

Marcelo.— Yo sé esto porque yo soy el hijo de la hermana de Ema.

Edith.— Ahora entiendo, hijito.

Marcelo.— Por todo esto yo vine a Buenos Aires. Por esto fui al canal. Fui a la televisión a buscar la verdad.

Edith.— Yo también.

Marcelo.— Hay una cosa má'j, y es que para colmo ustedé'j do' eran novia'.

Victoria.— Yo pienso que no es para tanto.

Edith.— ¿Cómo?

Victoria.— En verdad nunca tuvimos sexo.

Libertad.— Publícalo en el diario, querés.

Marcelo.— No la'j entiendo.

Victoria.— Que, si bien Libertad y yo somos pareja (*la interrumpo*).

Libertad.— Que nosotras éramos novias, pero nunca, así, digámosle, . . . juhm juhm juhm.

Marcelo.— ¿Qué?

Libertad.— Ay, que yo soy virgen.

Victoria.— Hay algo muy claro. Acá todos somos víctimas de una sola persona.

La persona que, de alguna u otra manera, mató a todos. Él mató a tu madre, Libertad, mató a la tuya, Marcelo, y mató a la mía, que hoy revivió.

Hay que matar a nuestro padre.

Victoria canta.

Tengo que aprender que no se puede explicar el dolor.

Mi vida fue casi una película de terror.

No soy una chica zen, yo soy como un boxeador.

Tengo un arma en la cartera y no soy Jack el Destripador.

Tengo el pelo atado y me lo puedo soltar.

Estoy llena de odio y eso me hace confiar.

Yo no tendría que matarte pero te voy a matar.

El futuro es la venganza del pasado.

El futuro es la venganza del pasado.

La revolución es un sueño que nos arrancaron.

Apagón.

Fin del segundo acto.

TERCER ACTO

Escena 4

Nuevamente, el set de televisión.

Victoria y Marcelo arman todo para grabar.

Victoria.— Dale, Marcelo, rápido que hoy tenemos un día importante.

Marcelo.— Qué raro que e'j el mundo de la televisión, ¿no? Yo pensaba eso. Todo apuro, todo apuro. Así e'j el mundo de la televisión.

Victoria.— ¿Te pido que hagas rápido y te detenés a conversar?

Marcelo.— Sí. Me detengo a conversar porque soy una persona que, cuando hay algo que hablar, prefiere hablarlo. Así fui educado yo.

Victoria.— ¿Y qué hay que hablar ahora, Marcelo?

Marcelo.— No, ahora nada. Ahora nada.

Victoria.— Ojalá que seas un muy buen obstetra.

Marcelo.— ¿Eso e'j un comentario irónico, Victoria?

Edith (*entrando*).— ¿Ya estamos?

Victoria.— Sí.

Salen Victoria y Marcelo. Entra Libertad, vestida de india, actuando, actuando muy bien, demostrando cuán equivocados están quienes atan el talento a la inteligencia. Edith actúa con ella, en su ya clásica Cacique.

Edith.— Escúcheme, Remedios, con atención como si fuera un poco meno boba de lo que desafortunadamente ya un poco usted e. Vamos hacé una misión importante de suma importancia. Nosotros tenemos que matar tipo que, si no matamos, nos va matar a todos nosotros indio y destruir esta hermosa tierra, y esta tierra vasta destruida por los próximos doscientos años como mínimo. Yo lo leí esto en la yerba mate. Este hombre se llama Roca Julio. Su plan es que él va matar indios todo y después repartí tierra. Así el país va vivir de exportar fruto de esas tierras y los indios van a ser explotados por siempre. Entonces mejor nosotros lo tenemos que matar a él y listo. Nos ayudará indio tonto pero bueno, su hermano el Nahuel Huequé.

Libertad.— ¿Mi hermano?

Edith.— Acá hermano como todo, Remedios.

Entra, lleno de timidez y sentido del ridículo, el actor que hace del cacique Nube Roja, que no es otro que el propio Marcelo.

Libertad.— Esto sí que no lo esperaba.

Edith.— Vamos, vamos, que la va a sorprender. Es muy bueno Marcelo.

Marcelo.— Hola, Remedios. Viste qué facha tiene el Nahuel Huequé.

Edith.— No, Marcelo, no.

Marcelo.— Estoy intentando decirlo como si me pasara a mí.

Edith.— No, no, no. Decilo como si estuvieras actuando, que es lo que estás haciendo.

Marcelo.— Hola, Remedio. Viste qué facha tiene el Nahuel Huequé.

Libertad.— Es usted un hombre fuerte, lo asumo.

Edith.— Dígalo como excitada, Libertad.

Libertad.— ¿Con él?

Edith.— Sí. Con él.

Libertad.— Es usted un hombre fuerte, lo asumo.

Marcelo.— Qué linda so vo, gurisa. No te haga, dame un besito, sabé.

Libertad.— Pero usted es hijo de la Cacique Lebián también.

Marcelo.— Indio puede casarse con hermana, gurisa.

Edith.— Puede, sí. Puede. Pero vamo a nuestra misión, el levante otro día.

Marcelo.— Cacique Lebián, yo tengo lastrategia como diceusté pa'matá al tipo ese el Roca Julio.

Marcelo chifla.

Aparece Victoria disfrazada de caballo (máscara de caballo, cuatro patas, eso).

Libertad.— No, no. ¿Esto está pasando?

Edith.— Vamos. Vamos. Sigamos.

Marcelo.— Cacique Lebián, amada Remedios.

Libertad.— ¿Amada, ya?

Marcelo.— Sí. Ella es la Yegua Edith.

Libertad.— ¿Edith se llama el caballo?

Edith.— Eh, bueno, sí, me quise autohomenajear.

Libertad.— Todos tenemos un ego acá, tremennndo.

Edith.— Sigamos, vamos.

Marcelo.— Edith é una yegua muy particulá vavé porque e'j una yegua bomba.

Libertad.— ¿Una yegua bomba?

Edith.— Sí, gurisa. Sus orejas no le mienten lo que usté ha oído.

Victoria.— Yegua revolucionaria.

Eso soy y no me achico

Libertad.— El caballito habla.

Edith.— Habla, claro. Las persona que están sola y losíndio sabemo bien que losani-male sabe hablá.

Victoria.—

Yegua revolucionaria.

Eso soy y no me achico.

Y Roca va cerrá el pico

cuando en mis ojos vea
 lo que morí por la idea.
 Veni atame dinamita
 en el cuerpo y en la panza
 que mi cuerpo es una lanza
 yo soy caballo y soy arma
 viadá mi cuerpo y mi alma.

Marcelo/Nahuel le ató dinamita en el lomo. Vemos como se aleja la Yegua Edith.

Y soy la Virgen María.
 ‘Ta en mi panza la verdad.
 Y un futuro en libertad.
 No hay que tené medida.
 Yo he venío a dar mi vida.

Marcelo.— Cómo se la banca Edí. ¡Tené altas bola vos!

Libertad.— Ahí va solita. Sos la más valiente que vi en mi vida. Te amo, Edith.
 Así decía mi texto.

Edith.— Está muy bien, está muy bien. Me queda una línea a mí.
 Edith, es tu destino revolucionario.

En determinado momento, el noble y revolucionario animal vuela por los aires. Es una explosión hermosa, justiciera, contradictoria y de ficción (lo que no puede hacerla sino aún más hermosa).

Corte a Marcelo/Nahuel y Libertad/Remedios sentados en el piso como en un día de camping, sonrientes, felices, falsos.

Marcelo.— Gurisa, Remedio hermosa la vida, bombón, ahora que la yegua Edith ha mataol Roca Julio, ahora la vida, mi amó, mi amó de mi vida, ahora vale la pena vivir la vida.

Libertad.— Muy falso salió, Edith.

Edith.— Estuvo bien, Marcelo. Siga.

Marcelo.— Remedio, te queré casá conmigo.

Libertad.— Sí, Nahuel Huequé, sí. Quiero. (*Se abrazan. Marcelo propone un beso que Libertad rechaza*).

Edith.— ¡Corte!

Libertad se separa bruscamente.

Muy bien. Ahora preparamos todo para la boda.

Victoria (*volviendo*).— La última escena de la novela.

Libertad.— Todas las novelas terminan con una boda. O con un bebé.

Marcelo y Victoria arman la boda indígena.

Libertad se viste de novia india. ¿Qué sería una novia india? No lo sabemos. Libertad aparece como una india megacool de videoclip, súper producida, falsa y hermosa.

Entra Edith vestida como Cacique.

Marcelo saca un arma.

Libertad grita.

Marcelo.— Yo traje esto. Me parecía importante.

Edith.— Dejé de zarandearla, querés.

Marcelo.— Sí. Perdón.

Victoria.— ¿Vos sabés usarla?

Marcelo.— Yo, eh, ma'j o meno'. Supongo que e' fácil e', poné'j el dedo acá y ya.

Libertad.— ¡Ay! Me da miedo. Me da miedo. Es re torpe él, nos va a matar a todas.

Marcelo.— No, tranquila vos.

Edith.— Yo sé tirar.

Marcelo.— Apa, apa, apa.

Libertad.— No es para burlarse, Marcelo, no sé qué te pasa últimamente.

Marcelo.— ¿Últimamente?

Libertad.— Sí. Estás como subido arriba del caballo.

Victoria.— Dásela a Edith.

Marcelo.— ¿No me tienen confianza?

Victoria.— Si no sabés tirar, por qué te tenemos que tener confianza.

Marcelo.— Está bien. Tomá, Edith.

Le da el arma a Edith.

Libertad.— Pone cara de ofendido encima, no me lo banco.

Victoria.— Bueno, yo le dije a mi papá que venga que grabábamos la última escena de la telenovela y después almorzábamos todas con él.

Marcelo.— ¿Todas? Yo también. ¿Cómo todas?

Victoria.— Usé el plural femenino.

Edith.— Hija, yo no sé si estar caracterizada así cuando venga Leopoldo.

Victoria.— ¿Por qué? No entiendo.

Edith.— Porque, si él me ve como disfrazada, va a darse cuenta que soy yo disfrazada, pero si me ve como yo misma, no va a sospechar.

Victoria.— No entiendo.

Edith.— Que, si yo me escondo, él va a sospechar que se le está ocultando algo, pero si me muestro abiertamente como soy, él no va a sospechar, porque va a pensar que, si hubiéramos tenido algo que ocultar, lo hubiéramos ocultado.

Libertad.— Oh, claro, ya entiendo.

Edith.— Bueno, armemos la escena de la boda y grabamos.

Libertad.— No me arruínés la escena al menos, te pido.

Marcelo.— No entiendo qué te pasa conmigo.

Edith.— ¿Listos?

Victoria.— Sí. Vamos que la grabamos de una.

Marcelo y Victoria terminan de armar la boda indígena.

Se parece más a una película de Bollywood que a otra cosa que pudiéramos imaginarnos.

Lo dicho: todo es falso, esteticista, superficial. Al fin y al cabo, es una telenovela.

Marcelo, como Nube Roja, espera cerca del Cacique. Lo acompaña su caballo, Paticoja.

Edith, como el (o la) Cacique, espera también. Será quien oficie de juez de la boda.

De pronto, aparece Acevedo. Lleva un traje moderno, colorido, caro pero grasa.

Acevedo.— ¿Llego muy temprano?

Victoria.— Hola, papá.

Acevedo.— Sigán, sigán.

Victoria.— No. Mejor paramos ahora, terminamos de grabar después.

Acevedo.— ¿Cómo estás, Libertad? Qué tesoro esta piba. A esta hay que cuidarla. ¿Usted es?

Victoria y Marcelo van armando una mesa.

Ponen mantel a cuadros, copas, cubiertos, pan.

Edith.— Eu sou Dúdu. Uma atriz brasileira.

Acevedo.— Dúdu.

Victoria.— Sí. Es una actriz brasileña que estuvo en los últimos capítulos.

Acevedo.— ¿Edith no viene hoy tampoco?

Marcelo.— Me dijo a mí que viene más tarde. Me dejó a mí grabar esto, ella estaba con unos exteriores.

Victoria.— Sentate ahí vos, papá.

Acevedo se sienta en la cabecera.

Acevedo.— Mirá qué suelto que está. El actor. Está más suelto, ¿no?

Victoria.— Entró en confianza.

Acevedo.— ¿Actúa bien? ¿Lo viste, vos?

Victoria.— Sí, sí. Es bueno.

Acevedo.— Te quiere, eh. Ella no habla bien de nadie. ¿No te gusta a vos?

Victoria.— Basta, papá.

Acevedo.— ¿Cuándo me vas a presentar a un novio?

Victoria.— Ya está.

Acevedo.— Bueno, yo te quise ayudar, campeón.

Victoria.— Traigo la comida y sirvo.

Pedí pasta porque sé que es lo que más te gusta, papá.

Victoria sale a buscar una bandeja con fideos.

Todos la esperan en silencio.

Acevedo.— ¿Están todos mudos? ¿Qué pasó, les comieron la lengua?

Victoria comienza a servir los fideos en cada plato.

Victoria.— No. Supongo que es la nostalgia del fin de rodaje.

Libertad.— Oh sí. Yo estoy muy triste.

Acevedo destapa el vino. Sirve las copas.

Edith.— Buen provecho, ¿así dicen argentinos?

Marcelo.— Sí, sí, buen provecho.

Acevedo.— Así que brasilera. Vocé. Brasilera. Muitou bon. Decile, hija.

Acevedo come fideos, pan, bebe vino. Marcelo también. Las mujeres nada, o un poco, como para disimular.

Victoria.— Ele diz que é bom que você é brasileira.

Edith.— Muito obrigado.

Victoria.— Gracias.

Acevedo.— Sí, sí, entender entiendo. Hablar poquito. Poquiño. Falar. Muy bien estos fideos, hija. Espectaculares.

Victoria.— Es una estrella de la televisión brasileña.

Acevedo.— Ah. Un gusto conocerla, señora.

Edith.— Muito prazer.

Se dan la mano.

Acevedo.— Muy bien.

(Habla como entonando en portugués) Bienvenida a la Argentina. ¿Le gusta acá?

Edith.— Fale devagar, por favor.

Acevedo.— ¿Qué? ¿Qué dice?

Victoria.— Dice que le hables más despacio.

Acevedo.— Ah. Bueno. ¿Gos ta de la Ar yen china?

Edith.— Bonito. Muito bonito.

Acevedo.— Muitu bonito.

Acevedo sigue comiendo y bebiendo.

Marcelo, un poco también. Libertad lo mira mal. La enoja que él coma, parece.

Las tres mujeres están casi quietas. No son nada disimulados, a decir verdad.

Acevedo.— Aryenchina, señora, es un buen país. Buon país. La política acá, aquí, es un problema.

Si la gente no sabe quién es el mejor matemático, ¿por qué vas a saber quién es el mejor para gobernar el país? Ojo, igual la democracia es el mejor sistema, melior sistema. Democracia. Melior. Suiza. Eso es un país. En Suiza la gente no sabe quién es el Presidente.

Edith.— Democracia. Melhor sistema.

Acevedo.— Eso. Melior sistema. Democracia. Mirá cómo falo. *(A Marcelo)*. Falar es hablar.

Marcelo.— Sí, sí. Falo.

Acevedo.— ¿Vos falás?

Victoria.— ¿Vos hablás de democracia?

Libertad.— No hablemos de política en la mesa, chicos. Stop.

Acevedo *(gesticulando)*.— Eu pensó, eu falo, que democracia, melior sistema, porque cada uno, ten, lo que mereceu.

Edith.— ¿Democracia tem a ver com o mérito, entao?

Victoria.— También hay formas de democracia más interesantes, que están en los

márgenes. Microcapitalismos. Conexiones más personales. Nosotros somos una generación distinta a la tuya. Nosotros tenemos el archivo. Todo el tiempo y todo el mundo a disposición.

Acevedo.— Tu generación está construyendo una sociedad del pasado, Victoria. Elis. Yenerasaun du pasado.

Marcelo.— Eso no e'j así.

Libertad.— No tires más leña al fuego, vos.

Acevedo.— Usted qué piensa, que debe tener mi edad, más o menos, con todo respeto. Vocé.

Edith.— ¿Eu? Eu acredito que a próxima geração deve criar valores novos. O modelo de trabalho, o modelo de amor da nossa geração deve ser reinventado. Todas as relações devem ter valores novos.

Acevedo.— ¿Valores nuevos?

Edith saca el arma y le apunta a Acevedo.

Edith.— ¡No te muevas, Leopoldo!

Acevedo.— ¿Qué es esto? ¿Quién es esta señora?

Vocé, ¿qué es-tá fazendo, se-ño-ra?

Edith.— Cerrá la boca, ¿querés?

Acevedo.— ¿Cómo? ¿Fala español?

Edith lo apunta. Se la ve segura. No tiene miedo, o no parece tenerlo (lo cual es incluso mejor que no tenerlo).

Acevedo.— Sos... Sos vos. ¿Estás viva?

¿Cómo entraste acá?

(Acevedo toma un pan).

No le hagas nada a mi hija.

(A Victoria). No es una actriz brasilera, hija. Nos mintió. Es una señora loca que conoci hace años.

Manténgase tranquila.

Libertad.— Callate, pelotudo. ¡Callate!

Acevedo.— Tranquila, Libertad. Sé cómo manejarlo. La señora está muy alterada.

Edith.— No estoy muy alterada. *(Lo apunta. Está congelada, dura, decidida).*

Acevedo.— Por eso, ¿lo ve? Estamos de acuerdo. Pensamos lo mismo.

No hay por qué volverse loco.

Dígame a qué vino.

¿Dinero quiere?

Tranquila.

Podemos darle lo que quiera.

Eso es.

Tranquila.

Libertad.— ¡Dale!

Acevedo.— Tranquila. Tranquila, Libertad. La señora está un tanto alterada, pero estamos hablando bien. Yo puedo manejarlo.

Libertad.— ¡Dale!

Victoria.— Callate de una vez, Libertad.

Libertad.— Basta. No me retes todo el tiempo.

Acevedo.— Señora, tranquilícese.

(*Con el pan en la mano*). Mire, yo voy a dejar esto en la mesa, y usted deje el arma y hablemos.

Mire. ¿Ve? Ahí lo estoy apoyando.

Sígame. Haga lo mismo.

Apoye el arma en la mesa. Despacio. Conversemos.

Victoria.— No hay nada que conversar.

Acevedo.— ¿Qué está pasando?

Victoria.— Ya sé que esa mujer es mi mamá, hijo de re mil puta.

Acevedo.— ¿Qué decís?

Libertad.— Hijo de puta.

Victoria.— Sabemos lo de la empleada doméstica. Sabemos todo.

Acevedo.— ¿Quién te dijo todas esas mentiras, hija?

Libertad.— Dispará. ¡Dispará!

Victoria.— ¿Por qué hiciste lo que hiciste?

¿Por qué, papá? ¿Por qué?

Marcelo.— Dale, Victoria. No te vas a poner melodramática a esta' altura'.

Libertad.— Dispará de una vez, Edith.

Edith sigue apuntando a Acevedo, sin moverse, muy concentrada.

Acevedo.— ¿Qué te pasa, nena, a vos?

Libertad.— No me digas nada a mí, hijo de puta, que yo también soy tu hija.

Acevedo.— ¿Cómo?

Edith.— Vos embarazaste a Ema. Libertad es hija de Ema.

Acevedo.— ¡¿Qué decís, Ana María?!

Libertad.— ¿Ana María se llama?

Edith.— Sí. Ese era mi nombre. Ana María. Edith, eh, bueno, me lo puse después.

Acevedo.— Ana María, Victoria, Libertad. Seamos una familia. Por favor, sepan perdonarme. Eran años difíciles. Puedo pagar de alguna manera por mis errores. Pero no me maten. Déjenme vivir. Déjenme hacerme cargo de mis errores y aprender.

Victoria.— Vamos a matarte, papá.

Libertad.— ¡Dispará la puta madre de una vez!

Marcelo.— ¡Dispará, Edith!

Libertad.— Ana María se llama ahora.

Edith.— Marcelo, encintalo a la silla, por favor.

(*A Libertad*). Vos, querida, calmate un poquito, a ver. (*A Marcelo*). La boca también.

Marcelo procede. Le encinta pies, manos y boca.

Edith apoya el arma en la mesa, lejos de Acevedo.

No te vamos a matar.

Libertad.— ¿Cómo no lo vamos a matar? Dame el arma a mí, Edith.

Libertad toma el arma. Marcelo busca atajarla. Victoria se queda como en la retaguardia.

En la otra mano, Libertad no suelta su copa de vino.

Edith.— No, Libertad. Lo vamos a entregar.

Marcelo.— Yo creo que si lo matáramo no'j estaríamos igualando a él.

Libertad.— Ay, yo, yo, todo yo. Actuó dos segundos y ya se cree!

Victoria.— Aflojá un poco con el vino.

Libertad.— Metete en tus cosas, forra, no sos mi mamá.

Edith.— Tranquila, querida. Dame el arma, dale.

Marcelo.— Sí. Te tené' que calmar un poco.

Libertad.— Tu mamá era una mucama revolucionaria, nosotras lo tenemos a este ahí atado y ni un tiro le podemos tirar, ¡ni un puto tiro!

Victoria.— Pará, Libertad. Estás borracha. Es un peligro.

Libertad.— ¡Me estoy sacando, boluda, dejame que me estoy sacando!

Edith.— Dame el arma.

Libertad.— No te voy a dar el arma. Ustedes están en mi contra.

Marcelo.— No estamos'j en un tu contra.

Libertad (*a Marcelo*).— Vos, sobre todo.

Victoria.— No te pongas mala.

Libertad.— ¿Vos no lo querés matar ahora, forra?

Victoria.— ¡Yo no sé qué quiero, ya no puedo más, te juro que no entro en mi propio

cuerpo!

Marcelo.— Están las do' descontralada, Edith, ayudame un poco.

Libertad.— Listo: nos arruinaste la vida. Te voy a matar. (*Le apunta a Acevedo*).

Marcelo.— No, Libertad.

Marcelo se tira encima de Libertad. Victoria, no sabemos por qué, también se tira. Libertad se resiste y se le dispara el arma. Se cae al piso. Grita. El balazo no le pega a nadie. Marcelo la ayuda a levantarse. Victoria se queda con el arma.

Libertad (*susurrando*).— ¿Te gustaría besarme?

Marcelo.— ¿Yo?

Libertad (*susurrando*).— Me mirás. La boca.

Edith.— Dale agua a la chica, Marcelo.

Sacale el arma, hija.

Victoria le da el arma a Edith. Libertad le quita la cinta de la boca.

Libertad.— ¿Qué onda vos?

Victoria.— ¿Qué hacés, Libertad?

Acevedo.— Ustedes pueden ponerme preso a mí, o matarme, lo que quieran. Pero el sistema capitalista que yo defendí va a seguir. Mi sociedad de consumo, mis ricos, mis pobres, mi matrimonio, mis relaciones de trabajo, todo eso va a seguir siendo así. El mundo va a seguir siendo como nosotros queríamos que fuera. Ustedes no entendieron nada!

Edith.— Ya está. Marcelo, vamos a llevarlo. Y vos, hija, cuidala a Libertad.

Marcelo sale llevándose a Acevedo. Victoria, a una visiblemente ebria Libertad.

Acevedo (*saliendo*).— Métanme preso a mí, pero el capitalismo ganó.

Libertad.— Yo estoy un poco borrachitamm, capaz.

Edith canta.

Vamos, vamos a cambiar
el patrón sobre el cual
erguimos y construimos
nuestra propia identidad.
Las maneras de vivir,

las maneras de amar.
 Como la física cuántica,
 vamos, vamos a cambiar
 la ecuación original.
 La tarea es reinventar
 la estructura emocional,
 política y social.
 La vamos a cambiar.
 A cambiar la realidad.
 A cambiar la realidad.

Fin del tercer acto.

EPÍLOGO

Escena 5

Un tiempo después.
Departamento. Otra vez.
En la mesa, Victoria. No hace nada, o hace algo. Da igual.
Timbre.

Victoria.— ¿Quién es?

Edith (*desde afuera*).— Yo.

Victoria.— Ahí voy, mamá.

Abre la puerta.

Edith.— Mirá a quién me encontré abajo, disfrazado.

Aparece Marcelo vestido de enfermero.

Victoria.— ¡Marcelo! Llegan juntos.

Marcelo.— Hola. Sí, justo salí de la guardia a esta hora.

Victoria.— Hola. Tanto tiempo, Marcelo.

Edith.— Sí. Mucho tiempo.

Victoria.— Estás precioso.

Marcelo.— Vo' también.

- Edith.**— Que la vieja se muera, ¿no?
Victoria.— Vos también, mamá. Vos también.
Marcelo.— ¿Qué cuentan?
Victoria.— Bien. Ansiosa.
Marcelo.— Seguro le dan perpetua.
Victoria.— Estoy feliz.
Edith.— Yo no sé si es felicidad lo que siento.
Victoria.— ¿Vos?
Marcelo.— Bien.
Victoria.— ¿Estás ansioso por verla? A ella, digo.
Marcelo.— Sí. Claro. Sí.
Victoria.— Yo también.

Timbre.

- Edith.**— Ahí está la nena.
Victoria.— Ya voy, ya voy.

Victoria sale corriendo.

Abre la puerta.

Entra Libertad embarazada de nueve meses.

- Libertad.**— Ay, no me abrías más, boluda.
No paro de tener contracciones. Creí que se me iba a salir solo el bebé.
Marcelo.— A ver, vení. Sentate. Así.
Libertad.— Hola, Marcelo.
Edith.— ¿Estás bien?
Libertad.— Hola, Edith. Estoy re nerviosa yo.
Victoria.— ¿De quién es, Libertad, el bebé?
Libertad.— Ya te dije que sigo siendo virgen.
¿Qué querés? ¿Comprobarlo?
Me hacés mal, Victoria.
Marcelo.— Dejala tranquila.
Es ahora, me parece.
Libertad.— ¿Sí?
Marcelo.— Sí. Vamos a empezar a hacer trabajo de parto. Comenzamos con la respiración.
Libertad.— Fuh, fuh.

Marcelo.— La exhalación debe durar igual que la inhalación.

Libertad.— Fuh, fuh.

Marcelo.— Bajamos los hombros. Tranquila. Tranquila, mami.

Victoria.— ¿Podés no decirle “mami”?

Libertad.— Voy a ser mami, Victoria.

Edith.— Seguí tranquilo, Marcelo. Decí lo que se necesite para hacer tu trabajo.

Marcelo.— Durante el parto vamo’j a mantener una respiración rítmica, mami, ¿sí?

Libertad.— Sí. Fuh. Fuh.

Marcelo.— Mami, pensamo’j en la palabra relax.

Re, inspiramos.

Láx, exhalamos.

Libertad.— Re, fuh. Lax, fuh.

Victoria.— Libertad.

Libertad.— Fuh, fuh. No me pelees.

Victoria.— No. No te voy a pelear.

Le toma la mano.

¿Cómo se va a llamar?

Edith.— Sí.

Le toma la otra mano.

¿Cómo se va a llamar?

Libertad.— Se va a llamar... se va a llamar...

Apagón final.